

Kamen, Henry. *Del imperio a la decadencia. Los mitos que forjaron la España Moderna*. Madrid: Temas de Hoy, 2006. 336 págs. ISBN: 8484606066.

Reviewed by Arturo Giráldez
University of the Pacific (Stockton), California

Uno de los aspectos más extraordinarios de la España del siglo XVI es que muchos españoles aún viven en ella. En cierto sentido, nunca la han abandonado. El siglo XVI ha dictado sus ideas y sus aspiraciones, su visión del pasado y del futuro [...]. Esa fue la época que creó y está creando a España. Es por esta razón que sus mitos merecen nuestra atención. (11)

La visión utópica del glorioso pasado nacional es un ingrediente permanente de las corrientes peninsulares, tanto progresistas como conservadoras (70; cita de Jacques Lafaye).



Este libro de Henry Kamen es de gran importancia para los que estudian la historia o la literatura españolas por la crítica sistemática de las ideas sobre la historia española que historiadores, estudiosos de la literatura y pensadores en general han ido elaborando a lo largo del tiempo. A la elaboración mitológica del pasado español contribuyeron nombres fundamentales tales como Marcelino Menéndez Pelayo, Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro, José Ortega y Gasset, etc., que en gran medida establecieron el programa intelectual de la filología, la historia y el pensamiento hispánicos. El libro va más allá de los intereses académicos porque esta visión de la historia española continúa actualmente en periódicos, ensayos y discursos políticos según mantiene Henry Kamen en el “Prefacio” de su libro. La obra del eminente historiador inglés que podría considerarse el corolario de su *Imperio: La forja de España como potencia mundial* (Madrid: Aguilar, 2003), sigue una línea de pensamiento que ya había expuesto en libros y artículos anteriores.

En el Hispanismo histórico o literario la época con mayor cantidad de estudios y de mayor relevancia intelectual es el llamado Siglo de Oro, precedido en prestigio por la Edad Media. El “*volkgeist*,” el espíritu nacional, simbolizado por la figura del Cid estudiada por Pidal, habría comenzado a formarse en los siglos medios dominados por la llamada Reconquista. Desde esta perspectiva, las características y tendencias presentes en los siglos medievales alcanzarían su plenitud intelectual y social durante el reinado de los Reyes Católicos, que iniciarían el llamado Siglo de Oro.

Este “conglomerado histórico heredado” tiene una proyección social probablemente inigualada en ningún país del mundo.¹ A la culminación política y cultural de la “época dorada” siguió un siglo XVIII menos estudiado y de menor

¹ El término está tomado de Dodds, *The Greeks and the Irrational*, Berkeley: University of California Press, 1951.

relevancia en la historiografía y en la memoria histórica debido a que transcurre entre el pináculo de oro y la “crisis de la modernidad” de los siglos XIX y XX. Punto de inflexión fundamental fue la pérdida de Filipinas, Cuba y Puerto Rico, reflejada en la llamada “generación del 98.” La pérdida de las colonias ultramarinas urgió el estudio de un tema con gran genealogía intelectual –comienza en los siglos XVI y XVII–: la “decadencia” de España. La inquietante problemática que se planteaban los estudiosos era la supuesta anomalía de un país que desde la cima del poder había sido incapaz de seguir la evolución de las naciones europeas. Los términos de la comparación eran Inglaterra, Francia y Alemania; Grecia, los países balcánicos o Rusia, etc., tan europeos como los anteriores, no entraban en el imaginario mapa continental de aquellos intelectuales. En los escritos de los noventayochistas y sucesores se enfrentaba una fantástica historia española a unas no menos ficticias historia y geografía europeas.

El ensayo de Kamen es un análisis de la producción de esta “mitología histórica hispánica.” El historiador inglés considera los “mitos históricos” como “amplias suposiciones que han afectado a la manera en que los españoles escriben o piensan sobre el pasado” y cuyo origen se encuentra “en estrategias ideológicas con móviles políticos identificables” y que en muchos casos no se basan en hechos históricos (13). La mitología del pasado se origina en una supuesta era gloriosa a la que tendieron los siglos anteriores y que fue seguida de una decadencia cuyas consecuencias llegan a la actualidad.

En el primer capítulo, titulado “El mito de la nación histórica,” Kamen traza la evolución intelectual de la historiografía creadora del imaginario español. La idea de una nación española empieza con la Guerra de Independencia y se codifica en la Constitución de 1812. A pesar de semejante noción, los españoles no contaban con una historiografía propia como la producida en Alemania, Inglaterra o Francia que sustentara teóricamente la nacionalidad española. De hecho la única historia de España con una cierta difusión entre el público lector fue la escrita por el jesuíta Juan de Mariana en el siglo XVI (*Historia general de España*, Toledo: P. Rodríguez, 1601). Para llenar esta laguna Antonio Alcalá Galiano tradujo al español un libro de texto inglés con anotaciones de Martínez de la Rosa y de Donoso Cortés (*Historia de España desde los tiempos primitivos hasta a mayoría de edad de Isabel II*, Madrid: Sociedad Literaria y Tipográfica, 1844-46, 7 vols.; original de Samuel A. Dunham, *Spain and Portugal*, London: Longman, 1832). Juan Valera se lamentaba en 1887 que “en España se escribe poco de todo y menos de historia” (24). Sin embargo hubo excepciones notables, como la historia en treinta volúmenes de Modesto Lafuente (*Historia general de España*, Madrid: Mellado, 1850-67), origen de la historiografía liberal, a la que hay que añadir desde 1890 los volúmenes dirigidos por Cánovas del Castillo de orientación conservadora (*Historia general de España*, Madrid: El Progreso Editorial). Para los liberales, las características de la nación española habían comenzado durante el reinado de Isabel y Fernando, desafortunadamente seguido por dinastías extranjeras que ignoraron los intereses autóctonos, y todo ello agravado por

la labor de la Iglesia y la Inquisición, que habían obstaculizado el desarrollo científico y cultural del país (31). Marcelino Menéndez Pelayo, otro notable teórico del “espíritu nacional,” dedicó un notable esfuerzo a contradecir las afirmaciones liberales y construir un pasado nacional cuyo eje era la religión católica.

Si se buscan hechos históricos que sirvan de punto de partida a la nación española habría que esperar al siglo XIX, porque, a pesar de las reformas políticas de Felipe V, los españoles del siglo XVIII no tenían ni la cultura, ni el idioma, ni un gobierno comunes. Según Kamen, hasta el siglo siguiente no se puede hablar de nación, porque, “el paso esencial para formar una nación moderna era de tinte político, y era crear un Estado que pudiera definir más específicamente qué era lo que constituía una nación, y qué no” (42).

La cuestión de los orígenes nacionales teóricamente produjo la identificación de Castilla con España. Esta idea tuvo su germen durante la guerra de Granada y los historiadores del XVI contribuyeron a su consolidación. En la *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano* (Madrid: Imprenta Real, 1601-15), del historiador oficial Antonio de Herrera, los castellanos –cuatro quintos de la población– son los protagonistas de las guerras en Europa y las conquistas en América. Los otros peninsulares se subsumían en la historiografía bajo el nombre de “españoles.” “El crecimiento del imperio le otorgó a ‘España’ un significado, un papel y una ética que ayudó a que los pueblos de la Península se dieran cuenta de que ahora compartían una empresa en común, que les daba una nueva identidad sin precedentes” (49). Sin embargo, la Península España era una entidad abstracta definida en términos administrativos. En el siglo XVIII escribía Gerónimo Feijoo que España sería “aquel cuerpo de estado donde, debajo de un gobierno civil, estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes” (52).

La falta de un fundamento en los hechos no impide teorizaciones en las que se mantiene que España es una unidad territorial homogénea, con pocos conflictos étnicos y dotada de una gran antigüedad (65). Según Julián Marías, “España ha sido la primera nación que ha existido, en el sentido moderno de esta palabra;” Gustavo Bueno identificaba la nación “con los límites del reino de España en tiempos de los Reyes Católicos;” y la idea de una armonía étnica la expresó José Luis Abellán al mantener que España posee “una cultura nacional basada en la solidaridad y en la integración” (67). Estos pensadores de hoy siguen el ejemplo de Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Pedro Laín Entralgo, etc., contribuyendo al subgénero del “ensayo filosófico sobre España,” escrito, según Kamen, “con una escasa base histórica” (69).

En este conglomerado teórico el lugar fundacional lo ocupa la reina Isabel de Castilla. El matrimonio con Fernando de Aragón y la conquista de Granada darían origen a España. Su gobierno se representaba ligado a la paz civil, la preservación de la unidad religiosa (expulsión de los judíos e Inquisición) y descubrimiento de América. Diego Clemencín –autor de un *Elogio* a Isabel de Castilla en 1821 (Madrid: Sancha)– inicia una corriente exaltadora del reinado continuada por historiadores

extranjeros, W.H. Prescott, o nacionales, como el liberal Modesto Lafuente, y que llega hasta el franquismo. La crítica liberal de los Habsburgo fue contrarrestada por Cánovas del Castillo y por Marcelino Menéndez Pelayo, que los aclamaba porque, a pesar de ser una dinastía extranjera, habían sido “el portaestandarte de los ejércitos de la Iglesia, con más firmeza y lealtad que ninguna otra casa real de Europa” (113). Tras la Guerra Civil, los teóricos del régimen imaginaban una evolución política hacia la “tradicional monarquía católica que España supuestamente había disfrutado en el siglo XV, ‘la que forjó nuestra unidad, la de Isabel y Fernando, el yugo y las flechas’. Casi cinco siglos más tarde, España regresaba a sus mitos” (118).

Las ideas de Menéndez Pelayo de una España cristiana impulsora de la evangelización universal no corresponden a la realidad de los siglos XVI y XVII. La religión se basaba en prácticas folklóricas y en celebraciones que seguían el ritmo agrícola. El analfabetismo prevalecía, lo que, unido a la ausencia de sacerdotes, explica la falta de información religiosa prevalente en muchas zonas rurales; pero incluso en la ciudad de Bilbao, en 1547, un inquisidor informaba que de 6.000 habitantes solamente se confesaban 500 personas. En el capítulo sobre la Inquisición Kamen abandona las ideas comunes de un país intelectualmente cerrado desde tiempos de Felipe II y por tanto origen del atraso científico español: “El tribunal nunca, en ninguna etapa de su evolución, se involucró en la prohibición del pensamiento científico” (229) El historiador inglés mantiene que las pruebas de “limpieza de sangre” tuvieron una aplicación limitada y esporádica, dependiendo de los casos y del lugar (224). Kamen no elabora en detalle la relación entre antisemitismo e Inquisición, sino que, citando a Antonio Domínguez Ortiz, relaciona las medidas de discriminación con conflictos sociales y no con prejuicios raciales (221).

La idea del español como lengua universal relacionada con la expansión imperial española carece de fundamento. En el siglo XVIII los nativos de los Andes hablaban mayoritariamente en quechua; en Filipinas los idiomas indígenas nunca fueron suplantados por el español. Incluso en la Península gran cantidad de vascos, catalanes y gallegos no lo usaban en los siglos modernos. “Cien años después de la independencia, los líderes culturales de las naciones de América Latina seguían intentando imponer la lengua castellana con la esperanza de que su uso generalizado contribuyera a generar un sentimiento de identidad nacional” (255).

Después del llamado “desastre del 98” *El Quijote* “pasó de ser una obra de literatura a convertirse en un arma política, que sería utilizada por todos los comentaristas al referirse a la situación espiritual y social de España” (252). El valor simbólico del *Quijote* y de la lengua en que se escribió están vinculados al proyecto de la Hispanidad cuyos comienzos están en la conquista. Figura central de este proyecto intelectual fue Ramón Menéndez Pidal –véase su ensayo sobre Carlos V, *Idea imperial de Carlos V*– que buscaba la lealtad de las élites española y latinoamericanas para constituir una comunidad liderada por España. Pidal mantenía que el español era una lengua unificadora en la Península y en América que sirvió para incorporar a otros pueblos a la civilización (258-59).

El fundamento de todo este conglomerado ideológico es un homogéneo Imperio Español. En realidad el papel de España en el Imperio era limitado porque las estructuras económicas y militares que lo sostenían estaban en manos de extranjeros. El tráfico de esclavos, indispensables en América, estaba en manos de portugueses, las naciones extranjeras en el siglo XVII controlaban el noventa por ciento del comercio español y por lo tanto de los beneficios generados por la plata. Franceses, holandeses e ingleses ocupaban el Caribe comerciando con América fuera de los marcos legales. En Filipinas, los chinos residentes en Manila eran indispensables para la economía del archipiélago, etc. “El imperio de España se convirtió en una empresa ‘globalizada,’ en la que diversos pueblos y economías cooperaban mutuamente” (184).

Las victorias militares de los siglos XVI y XVII se ganaron por la participación mayoritaria de soldados y generales no españoles que fueron financiados por banqueros extranjeros a los que se pagaba con plata americana. Los soldados castellanos nunca sobrepasaron el veinte por ciento de un ejército “español” (182). Por ejemplo, en el cuadro de la *Redención de Breda* de Diego da Silva Velázquez se representa el término de una batalla ganada por un banquero italiano Spínola –“quien, casualmente, era además comandante general”– que mandaba tropas mayoritariamente italianas y belgas (186).

Otro mito unido a la historia del imperio es la “decadencia,” cuyo inicio, según la preferencia ideológica del historiador, se adscribe variablemente a diversos reinados pero que se precipita bajo los últimos Austrias. Carlos II –último de los Habsburgo en España– ha sido objeto de una crítica negativa a su persona y a su reinado. Sin embargo, si se comparan la población, la producción agrícola y las llegadas de plata de América, resulta que en 1680 todas estas cifras son superiores a las del reinado de Felipe II y además los precios se moderaron. “La recuperación económica sucedida en la década de 1680 es una buena razón para no confundir la situación internacional de la monarquía, que era desastrosa, con la evolución interna que era positiva” (306).

La naturaleza ensayística del libro se muestra en que los temas propuestos –Inquisición, la naturaleza del Imperio Español, o la noción de “decadencia,” etc.– son tratados en sus aspectos más salientes. De hecho, *Del imperio a la decadencia* podría leerse como una introducción a la historiografía del autor. En conjunto, la obra del historiador inglés es extremadamente relevante en el panorama intelectual hispánico porque deconstruye una acumulada mitologización del pasado activa tanto en la vida pública como en la filología e historiografía. La original y fundamentada crítica del imaginario histórico español hace que la lectura del ensayo de Henry Kamen sea imprescindible para los estudiosos de la historia española de la época moderna (desde el Siglo de Oro hasta nuestros días) y aquellos interesados en la cultura hispánica en general.